

# Los CoNteM poRa nEoS

¿El español es sordo? Hay algunos síntomas de lo que podría ser una característica étnica. Una de ellas es su falta de voluntad para la música. Otra, su

## SORDERA INTELLECTUAL

hablar a gritos, que tanto asombra e inquieta a los europeos. La conversación española es un doble monólogo que a veces se superpone. No hay más que ver la desesperación del hombre que tiene que contar algo a otro español: le sujeta del brazo o por las solapas para evitar que huya, salta a su alrededor para evitarle toda escapatoria posible. Y revierte una y otra vez su historia para que quede algo en el interpelado. En España nadie cuenta un chiste una vez: lo repite inmediatamente, y luego remacha y remacha la frase hasta quedar exhausto. (Jardiel Poncela lo utilizaba como técnica; decía que explicaba las cosas la primera vez para todos; la segunda, para que se enterase bien el público; la tercera, para que comprendieran los críticos. Y aun así tenía fama de autor incomprensible.)

Tal vez sea una sordera intelectual. España ha estado dirigida desde siempre por fanáticos aulladores (luego vinieron los megáfonos) hasta que se acuñó la frase de que no hay mejor sordo que el que no quiere oír. Y una locución que se repite mucho aquí y de la que no he encontrado equivalente en otros idiomas, en otras etnias: "Yo no quiero saber nada" o "Yo no me quiero enterar". Cuando se dice ante un extranjero, éste se queda asombrado: En su lógica entra la posibilidad de una reacción positiva o negativa, de la puesta en marcha de una serie de reflejos, de la índole que sea, tras

aquello que se acaba de conocer: No entra en sus cálculos la posibilidad de no enterarse enterándose, de no saber sabiendo, de "hacer como si no hubiese

pasado nada". Hay que explicarle toda la sutileza mística de la cuestión —desde el "vivo sin vivir en mí"— para que intuya algo. Los sentidos se aturden sabiamente cuando lo que perciben es algo que requeriría una acción si uno "se diera por enterado" (otra fórmula, aunque no tan maravillosa como la de "Doy su carta por no recibida", con lo cual se da por recibida y al mismo tiempo se niega) y esa acción comportaría algún riesgo o algún compromiso ("yo, sobre todo, no quiero comprometerme"). Se ha convertido ya en costumbre. Es frecuente oír conversaciones de matrimonios en el cine: "Oye, ésta es la chica?". "¡Yo qué sé! Todavía no se sabe...". Y la película va por la mitad.

Ahora, medida ya esta película jardieleca en la que estamos metidos, hay quien pregunta si el chico es Fraga (voz estentórea que no cala la sordera intelectual) o si es Felipe González, que es y no es de un partido que es y no es partido socialista y no socialista; si las huelgas son huelgas o no lo son, y quién sabe si están permitidas y no las hay o si no están permitidas y si las hay. Lo grave es que no sólo el público, sino los actores —protagonistas y antagonistas— son y no son, se enteran y no se enteran, actúan y no. (Cuando la película acaba y aparece la palabra fin, aún se oyen por los pasillos comentarios de "Yo no me he enterado de nada". ¡Cinematógrafo nacional!) ■

POZUELO

## El padre Félix García y las muertes de Azaña y Rivas Cherif

El padre Félix García es personaje popular en España no sólo por sus colaboraciones en «ABC», sino también por su frecuente presencia en los lugares en que agonizan intelectuales izquierdistas más o menos caracterizados y famosos, cuyas almas se esfuerza en salvar en el último instante. Es probable que este celo apostólico por la conversión de infieles naciera en su ánimo treinta y tantos años atrás, cuando, siendo capellán de la prisión madrileña de Porlier, hubo de acompañar en capilla a muchos condenados políticos, como Javier Bueno o Julián Zugazagoitia.

Desde un punto de vista ultramontano, esta pasión del padre Félix García es merecedora de plácemes y elogios, aunque desde el estrictamente cristiano no lo sea tanto divulgar las posibles flaquezas en su lecho de muerte de quienes pensaban de diferente manera y accedieron a dejarse confesar por él. Y menos aún que algunas de sus afirmaciones e insinuaciones revistan un claro matiz político y hayan dado lugar a discusiones y controversias nada evangélicas. Aparte, claro está, de que su memoria le falle en ocasiones y, como ocurre en las declaraciones hechas a Tico Medina y aparecidas en el suplemento dominical de «ABC» correspondiente al día 27 del pasado abril, incurra en notorios errores al «ludir, entre otras, a las muertes de Julián Besteiro, Melchor Rodríguez y Cipriano Rivas Cherif.

Dejando a un lado que, contra lo que se da hablidosamente a entender en estas declaraciones, el padre Félix García no estaba en la cárcel de Carmona en el momento de la muerte del anciano catedrático socialista, ni recibió confesión alguna de Melchor Rodríguez en el Gran Hospital de la Beneficencia, donde falleció, es totalmente falso lo que afirma de Rivas Cherif, pretendiendo tomar pie de unas palabras que pone en sus labios para asegurar que un ex Presidente de la República abjuró de sus ideas en las últimas horas de su vida. En la página 17 del citado dominical de «ABC», y junto a un retrato de don Manuel Azaña, se dice textualmente, hablando de la muerte de diversas personalidades:

«O Jardiel, con aquella inmensa fe en la Virgen del Pilar, O Rivas Cherif. Me hace un relato impresionante, caminando junto a él, hasta el momento dramático del último disparo en las tapias del cementerio. Aquél me dijo que Azaña había confesado antes de morir, y el obispo de Colombia me dijo también: "Yo confesé a Azaña; lo que no pude fue llevarle el Viático, porque se opusieron una serie de personas que habían dicho en voz alta: "Aquí no entra Dios". Azaña había dicho, según este obispo colombiano, su confesor último: "Dios mío, misericordia"».

No vamos a hablar aquí y ahora de la muerte de Manuel Azaña, contada en muy distinta forma por diversos testigos, entre ellos el propio Rivas Cherif. Bastará para comprender el crédito que podemos conceder al relato hecho en «ABC» con señalar que Rivas Cherif no murió fusilado en Madrid, aunque el padre Félix García dijese a Tico Medina que le acompañó «hasta el último disparo en las tapias del cementerio». Cipriano estuvo unos meses condenado en la prisión de Porlier, desde donde fue conducido posteriormente al penal de Dueso, en el que permaneció recluido varios años. Puesto al cabo en libertad, marchó a Méjico, y allí falleció, víctima de una enfermedad, sin que el padre Félix García le acompañara en sus postreros instantes. ■  
EDUARDO DE GUZMAN.



Manuel Azaña.